

I. INTRODUCCIÓN

JUAN VALERA EN LA ESPAÑA DE LOS TURRONES

Este libro ofrece al lector una semblanza personal y política, así como diplomática, del escritor Juan Valera Alcalá de Galiano, que nació en la localidad cordobesa de Cabra el 18 de octubre de 1824. La fascinante vida de don Juan se examina en esta semblanza a partir sobre todo de su copiosa correspondencia. Valera fue uno de los grandes epistológrafos de la literatura.

A pesar de todos los detalles que el autor contó sobre sí mismo en su magnífica y abundante correspondencia, su vida ofrece aún puntos oscuros. Su «misteriosa e incalificable personalidad», como la definiera Clarín, abre un mundo de sorpresas a quien se acerca a la vida de tan singular personaje.

En la vasta correspondencia de Juan Valera hay pocas ideas que se repitan con más persistencia que la de obtener o repartir *turrón*. En verdad, aún hoy en día, el diccionario de la Real Academia Española sigue recogiendo como última acepción de la palabra turrón, ya en desuso y con una carga irónica evidente, el significado coloquial de «destino público o beneficio que se obtiene del Estado». Este es el sentido que le da nuestro autor y que aquí se refleja.

Si en este ensayo hemos querido recuperar esa acepción es, sin duda, porque representa fielmente lo que fue una obsesión en la vida del afamado escritor. Y, además, por la carga descriptiva que tiene. Una y otra vez nos recordará Valera lo difícil que resultaba en este país vivir de las letras. Así no cabe extrañarse de que sus tempranas veleidades de hacer carrera como poeta o escritor, se convirtieran pronto en subsidiarias frente a otras actividades más lucrativas.

En una muy citada carta autobiográfica, don Juan da noticia de su infancia y adolescencia. Así, escribe: «En Cabra me crié y aprendí las primeras letras, y empecé a aficionarme a la lectura [...] La Filosofía la estudié, o dicen que la estudié, en Málaga, en el seminario conciliar [...] Estudié latín y emprendí la carrera de abogado [...] Durante algún tiempo había aprendido yo francés e inglés e italiano, aunque no muy bien nada, y había tenido conatos de aprender la lengua alemana [...] Ya de doce o trece años había leído a Voltaire» (II, 1863: 360)¹. Un joven, sin duda, especial.

La vida «profesional» de don Juan, una vez acabados sus estudios de Derecho, transitó principalmente por los rales de la diplomacia y de la política, con dedicación intermitente al periodismo y la literatura. No deja de ser curioso que alguien tan inteligente y con talento potencial para las letras, que con el paso del tiempo irá consolidando, se dejara arrastrar fácilmente hacia actividades profesionales tan prosaicas, como eran, sin duda, la diplomacia y luego la política; mundos alejados radicalmente de la pulsión intelectual que él vivía intensamente. En realidad, Valera era un diletante intelectual, en el mejor sentido del término. Su curiosidad era inagotable. Hombre cultísimo, iba de un tema a otro con facilidad pasmosa, lo cual sin duda enriqueció su mirada crítica, muy por encima de la mayor parte de sus contemporáneos.

Además, a don Juan le estimulaba la buena vida. Nunca dejó de ser un *bon vivant*. Le confortaban las reuniones de la sociedad aristocrática, los bailes, las tertulias, el buen comer, enamorar

1. Las referencias a las cartas de Valera recogidas en la cuidada edición de Leonardo Romero Tobar (dir.), en *Juan Valera, Correspondencia*, Editorial Castalia, 2003, serán citadas en este libro mediante el tomo (en este caso II), el año (aquí 1863) y el número de la carta tal como se recoge en la citada obra (360 en la presente nota). La correspondencia que no contienen tales referencias procede de fuentes indirectas, que por lo común se citan en el texto. No obstante, el grueso de las cartas con las que se ha trabajado y se citan en este ensayo proceden de los VIII tomos de la obra dirigida por Leonardo Romero Tobar.

y requebrar a las damas y otras lindezas por el estilo. Así se lo escribió tempranamente a su padre: «A pesar de mi liberalismo filosófico, soy aficionadísimo a la gente de alto copete»².

Sin embargo, la excusa inicial que condujo a nuestro autor a transitar por la diplomacia y por la política, y no por otros senderos, se hallaba, por un lado, en la búsqueda de una autonomía económica que liberara a su padre de las pesadas cargas de su mantenimiento. No era su familia rica, precisamente: «Los bienes de mi madre no eran sino muy cortos, a pesar del título» (II, 1863: 360). Y, por otro, una vez casado, como medio de hacer frente a sus innumerables gastos domésticos.

Descartado vivir exclusivamente de las letras, la única salida airosa a su situación era, por tanto, buscar obsesivamente la obtención de sucesivos turrone, dedicarse a la política como forma de facilitar el acceso a tales medios de subsistencia o, en fin, casarse con una mujer (algo que estuvo a punto de hacer varias veces) cuya dote le permitiera vivir con holgura y centrar su atención en lo que realmente le gustaba.

Sus orígenes aristocráticos por parte de madre (marquesa de La Paniega) y su apellido materno (Alcalá de Galiano), que dio pie a «una saga de hombres distinguidos en las carreras civiles del Estado»³, siempre le abrirán puertas y le empujarán hacia su permanente búsqueda de aquellos contactos que le pudieran ser de ayuda en su camino existencial para lograr altos estándares de vida.

Sus principales ingresos procedieron del ejercicio de cargos públicos. Tales turrone eran más bien intermitentes y, una vez finalizados, daban lugar a períodos más o menos largos de cesantías. Tenía otros emolumentos, por magros que fueran, como los derivados del periodismo, los libros, las traducciones, la Academia de la Lengua (a partir de 1862), así como las reducidas rentas

2. Bravo-Villasante, 1959: 67.

3. Azaña, 1971: 19.

de sus tierras, las conferencias o su esporádica participación en tribunales de oposiciones universitarias, sus escritos como historiador, así como su más tardío turrón de miembro del Consejo de Administración de la Compañía de Ferrocarriles de Andalucía, que tantos sinsabores le terminó produciendo.

Con todos esos recursos, prudente y convenientemente gestionados, no cabe duda de que nuestro autor podría haber vivido razonablemente, incluso en los más o menos extensos períodos de cesantía. Mas la contención en el gasto era algo muy alejado de su quehacer existencial, su capacidad de ahorro fue prácticamente nula, y sus necesidades siempre solían estar por encima de sus recursos. Esa situación se agravó tras su tardío matrimonio con Dolorcitas Delavat. Tal como se dijo, ni el marido ni la mujer eran el ave fénix de las finanzas⁴. Consecuencia de ese desorden financiero, fue su obsesión permanente sobre cómo hacer frente a sus deudas acumuladas. Y también su fijación reiterada de no vivir de las rentas de su mujer, algo que le disgustaba.

OBJETO DE ESTE ENSAYO

El objeto de este ensayo es, por tanto, llevar a cabo una semblanza personal y política de Juan Valera, así como en su ejercicio de la actividad diplomática, que siempre consideró —un tanto irónicamente— como «su profesión». La diplomacia fue su medio de vida central durante largos períodos; mientras que la política representó la pretendida forma de abrirse puertas para encontrar mejor acomodo social. Transitó intermitentemente por todas las categorías de la carrera diplomática: agregado, secretario, ministro plenipotenciario y embajador⁵. Aunque solo adquirió esta última condición en Viena, en este ensayo utili-

4. Azaña, 1971: 204.

5. Castelló Barcinós, 2009.

zamos el término «embajador» para referirnos a las dos últimas. Pero entretanto hizo muchas más cosas, además de dedicarse intermitentemente a su gran pasión, las letras. Su vida fue prolija en experiencias y amores.

Su trayectoria vital fue, además, muy rica. Viajó por muchos países en sus intermitentes destinos burocráticos y depositó mucha pasión también en la política, de la que obtuvo magros resultados. Analizar esas actividades prosaicas de don Juan no puede hacerse al margen de su propia existencia. Dicho de otro modo, sin esos trazos biográficos «resulta imposible conocer al escritor famoso, al diplomático que recorre ambos mundos —caso único entre los literatos de su tiempo— [...], al más cosmopolita de nuestros autores decimonónicos, al frustrado político y brillante académico, al hombre de mundo y gran señor que nunca olvidó el recuerdo amable del terruño»⁶. Don Juan fue, sin duda, un consagrado intelectual polifacético como pocos hubo en la España del siglo XIX. Aunque esta visión, generalmente admitida, es negada por uno de sus biógrafos que ofreció un retrato poco amable del escritor y de su obra⁷.

Este ensayo adopta como hilo conductor del relato el tratamiento diacrónico. La diferencia con otras aportaciones biográficas sobre el autor —de ello se trata con detalle en el Epílogo—, radica en que aquí no se han orillado aspectos sensibles o escabrosos de su vida privada que el propio Valera narró, aunque siempre en correspondencia privada y a personas de su confianza. No se trata, en ningún caso, de ver o juzgar a don Juan con premisas de nuestros días, pues él fue un hombre y escritor del siglo XIX, con todos sus atributos, pero también con las hipotecas sociales del momento.

Valera en su correspondencia se muestra, al menos con determinados interlocutores, muy cristalino a la hora de exponer su

6. Peña González, 2006: 7-8

7. M. Lombardero, 2004.

modo de ver las cosas, sus filias y fobias, sus fortalezas y debilidades, también su modo de concebir la política y las relaciones diplomáticas. Sin embargo, en no pocas ocasiones reitera que aquello contado lo escribe con el debido sigilo. No quería que sus confidencias, algunas descarnadas o muy privadas, se publicaran.

La sinceridad que muestra en algunas de sus cartas supone, por consiguiente, una suerte de desnudez de su propia personalidad. Quien tanto cultivó la novela psicológica, ofrece en su amplia correspondencia no pocas pistas para descubrir cómo fue, aunque en ocasiones disfrace la realidad y sus debilidades personales, que unas veces manifestaba por escrito de modo diáfano y otras ocultaba premeditadamente.

Sorprende, sin duda, la atención y el espacio que en su correspondencia Valera dedicó a sus amoríos, aventuras o trato con las mujeres, por las que tenía una atracción evidente, no pocas veces compartida. No en vano, uno de los grandes estudiosos del autor, Cyrus C. DeCoster, llegó a afirmar que «el número de sus conquistas amorosas es legendario». A lo largo de sus cartas van saliendo algunas de ellas: la Avellaneda, Paulina, *La Saladita*, *La Muerta*, *La Culebrosa*, Antoñita, Julia Kraus, Rosina Stolz, Jeanette Bregaro, miss Wallis, la Brohan, Magdalenita, Carmela Castro, Dolorcitas Delavat (su mujer) y, en fin, Katherine Lee Bayard. Otras tantas aventuras están también descritas, pero sin referencias explícitas. Y hay autores que enumeran otros idilios con nombres y apellidos, aunque en algunos casos con ciertas dudas. El estudio de José Peña González es, al menos de los consultados, el más completo sobre la «Biografía sentimental de Don Juan Valera». Por no citar, obviamente, los nombres de algunas otras mujeres dedicadas al oficio más viejo del mundo que también don Juan frecuentó, y que en algún caso aparecen en su correspondencia más íntima. En suma, fueron amantes o amores todas las que están, pero no están, ni mucho menos, todas las que fueron. Incide mucho sobre estas cuestiones en sus estancias diplomáticas, al menos en las anteriores a 1867; pero

cuando el escritor está en España, sus confesiones sobre amoríos y aventuras sentimentales son mucho menos explícitas y, tras su matrimonio, el silencio se impone; con la única excepción de la Bayard, relación esta que solo comparte con su hermana Sofía.

La vida diplomática de Valera arranca en 1847, cuando también se inicia su correspondencia, al menos la que se conserva actualmente. Es en ese momento cuando este ensayo inicia su andadura, pues la parte previa de su vida, con ser muy relevante a efectos biográficos, nos interesa menos. Ese recorrido vital transita hasta 1905, año en el cual fallece. Su extensa, y compleja actividad vital y profesional no defraudará al lector; pues su apasionante vida es una magnífica ventana para asomarse a la segunda mitad del siglo XIX español, período en el que, sobre bases muy endebles, se conformó en nuestro país un Estado Liberal. De ello también va esta obra, que se estructura a través del ciclo de estaciones de la vida profesional del escritor.

II. LA PRIMAVERA POLÍTICO-DIPLOMÁTICA (1847-1858)

CONSTRUYENDO SU FUTURO EXISTENCIAL: DIPLOMACIA Y POLÍTICA

La primera década en la vida profesional de Juan Valera está marcada por una evidente desorientación en torno a qué hacer con su vida. Encuentra refugio en una vocación temprana, más bien sobrevenida por las circunstancias, como es la diplomacia. Empujado por su familia, valora dedicarse a la política. Son años, sin duda, fascinantes en la vida de don Juan, un joven apuesto y ambicioso, con alto concepto de sí mismo. Descubre países, algunos de ellos remotos en aquellos tiempos, y sabe extraer de esas experiencias sabiduría, pero especialmente disfruta del momento. Se forma y traba algunas relaciones que marcarán sus años venideros. Es un período muy importante existencialmente en la vida del egabrense. Muchas de sus decisiones de entonces condicionarán su futuro.

EN LA VILLA Y CORTE

Don Juan llega a Madrid, finalizados sus estudios universitarios, a finales de 1846. Una vez allí, con la ayuda familiar, busca alguna salida profesional y comienza a deshojar la margarita.

Valera tuvo pasión prematura por la poesía, algo que nunca le abandonará. Como premio a su graduación universitaria, su padre le financió la publicación de su primer libro: *Ensayos poéticos*. Se da cuenta entonces de lo difícil que es vender libros en España. De una tirada de 300 ejemplares, cuando pregunta cuántos se han vendido, le informan que ninguno: «Así terminé

dichosa, si poco lúcidamente mi carrera de poeta». Durante su larga vida, será constante su eterna queja de que en este país no se puede vivir de la literatura, menos aún de la poesía. Sus aptitudes poéticas, de las cuales él se preciaba, fueron objeto de alguna crítica¹.

Con su regreso a Madrid en busca de sentido existencial, deja evidente su verdadero carácter, esbozado en su etapa estudiantil: «Desde el primer momento Valera se muestra hombre de mundo; encanta a todos con su conversación y sus modales distinguidos»². Comienza a frecuentar salones, bailes y tertulias, y allí trata con el duque de Rivas, amigo de su padre, poeta y diplomático, que le abrirá las puertas de la diplomacia, cuya llave en aquellos tiempos estaba en manos de las recomendaciones.

El joven abogado era un hombre culto o en ciernes de serlo, lo que contrastaba con otros jóvenes buscavidas que pululaban por la villa y corte, cuya nota distintiva era su frivolidad. En aquellos tiempos, como lo hará durante el resto de sus días, la lectura y el estudio le acompañarán, lo mismo que la escritura. La vida social le atrae y, en especial, las mujeres aristócratas. Comienza a frecuentar visitas a la casa de la condesa de Montijo. E irrumpen las primeras conquistas, como esa «joven viuda» de la que sigue siendo muy amigo y con la que «pillo lo que puedo» (I, 1847: 1), sin ofenderse de lo que ella haga con su vida. Era liberal también en esas lides.

Valera es entonces, como lo será durante buena parte de sus días, un hombre «guapo y varonil, que usa una galantería tan literaria», siendo además «tan fogoso y de brusco apasionamiento» que, conociendo como conoce «el arte de mirar», seduce con profusión a no pocas mujeres, y también «hay alguna viudita que coquetea desafortunadamente con él»³. A la condesa C., Paulina, su

1. C. Pujol, «Prólogo. Regreso de Juan Valera», en M. Lombardero, 2004: 10. Allí se afirma de forma lapidaria que «sus versos eran malísimos».

2. Bravo-Villasante, 1959: 26.

3. Bravo-Villasante, 1959: 29.

antigua amada, la define, asimismo, como «desenvuelta y alegre de cascos» (I, 1847: 4). Tenía éxito, sin duda, con las damas. Pero hay miradas hacia el personaje menos amables: «Entre sus amigos estaba en opinión de amador violento, que hablaba mal de las mujeres y las conquistaba *a la cosaca*»⁴. Y otras nada blandas sobre su carácter y sus méritos⁵.

De esos años madrileños en busca de su identidad profesional, siempre sostenido económicamente por su amado padre, procede el primer y luego continuado culto al género epistolar, que sorprendentemente a diferencia de los libros, ensayos, crítica literaria, poesía o periodismo, que a todo se aproxima, es el que le dará inicialmente fama, si bien en este caso no querida. Con sus *Cartas desde Rusia* (1856-57) esa fama vino acompañada de inteligente ironía y un indisimulado carácter burlón.

Los recursos limitados de su familia no le impidieron llevar una vida con ínfulas de aristócrata, siempre bien atildado y en perfecto estado de revista. Según reconoció una de sus biógrafas, «el único inconveniente que tiene el bien vestir es que cuesta mucho dinero»⁶. Tal dependencia económica de la familia le creaba en aquel tiempo mala conciencia, y así se lo hizo saber a su padre en no pocas misivas, pero era necesario darse lustre y buscar esa red de contactos que le facilitasen el ansiado salto a la fama. Sus progenitores le insistían en que no perdiera el tiempo. Era muy dado a la dispersión.

Manuel Azaña describió magistralmente esos impulsos iniciales del autor en Madrid. Las pretensiones de triunfar, pronto se desvanecieron. Recuerda ese autor que todos aquellos proyectos que entonces agitaban al egabrense los reflejó varias décadas después en su novela *Las ilusiones del doctor Faustino*, en el periplo de su protagonista también por la capital del Reino, en

4. Azaña, 1971: 26.

5. Lombardero, 2004.

6. Bravo-Villasante, 1959: 33.